



EL CAFE DE PARIS, PUNTO DE CITA DE LA SOCIEDAD ELEGANTE QUE FRECUENTA LA RIVIERA. LA FOTOGRAFIA ESTA TOMADA DE LA PUERTA DEL CASINO. (FOTO CENTRAL PRESS)

viera los encantos que le atribuyen los que allí poseen hoteles, o casas para alquilar, o casinos de juego; antes bien, encuentran que, en el fondo, las montañas y las rocas parecen hechas de cartón rociado de pintura, que el mar tiene un aspecto artificial, que el cielo recuerda una decoración de teatro, que las "villas" italianizadas no están en Italia, y, por tanto, mienten con sus fachadas falsas y fuera de lugar; que en la Costa Azul encuentra uno a la misma gente que anda por París y Londres durante el resto del invierno y por Biarritz y Deauville en verano, y que, para colmo de los colmos, en la Riviera *hace frío*. Y no les falta tampoco razón.

¿Por qué van, pues, los ingleses a la Riviera? Hablo de los ingleses especialmente porque ingleses son en su inmensa mayoría los que pueblan, dan vida y sostienen con su presencia y su dinero a la Costa Azul durante el invierno, hasta el punto de que constituyen quizá el 90 por 100 de su población flotante durante estos meses. Pues bien, la razón principal de que haya ahora tantos ingleses en Niza, en Cannes, en Monte Carlo y en Menton se debe, no a los encantos de esas ciudades, sino a Inglaterra, mejor dicho, al clima inglés. El clima inglés es inaguantable. Tan inaguantable que acaba por forzar a las gentes a gastar buena parte de sus rentas o de sus capitales, a vender sus acciones, sus alhajas, sus muebles... cualquier cosa, con tal de salir de Inglaterra en busca de "un trono vicino al sol". En Noviembre, a pesar del frío y de las nieblas, nadie en este país piensa todavía en irse a la Riviera; en Diciembre nace el deseo, sobre todo cuando se cumple el primer mes durante el cual no se ha visto a Febo; en Enero se realizan las operaciones financieras que acabo de detallar, y en Febrero, harta de climita, la gente

lía sus trastos y se va a la Costa Azul. Y tiene razón.

Como que en todo el mes de Diciembre de 1923 lució el sol sobre la ciudad de Londres ¡tan sólo veinte horas! Conviene añadir que nadie vió este fenómeno, registrado únicamente por los aparatos meteorológicos ultra-sensibles que con este fin existen en esta tierra. En Noviembre brilló muy poco más, y aunque se dice que la escasez de luz solar padecida durante estos meses fué cosa rara y excepcional, mi experiencia me recuerda que todos los años se afirma lo mismo de todo cuanto se refiere al clima inglés. Año tras año, los señores que se dedican a este fenómeno de asuntos proclaman con el mayor descaro que el frío experimentado durante la temporada excede de todo lo conocido durante la pasada centuria, que las lluvias o las nevadas —según la estación— han batido el promedio desde el año 1865 hasta la fecha y que las heladas y las nieblas han sometido a los habitantes de Inglaterra a pruebas tan duras como inmerecidas. Pero el escándalo continúa, al menos en Inglaterra, y la gente se marcha a la Riviera. Claro que la Costa Azul es, en parte responsable de estas emigraciones periódicas. No solamente porque allí hace mejor tiempo que en Londres, o porque el juego atraiga, sin duda, a los ingleses, sino, sobre todo, porque el negocio está muy bien montado. En resumidas cuentas: la Riviera se reduce a un negocio fantástico. Ignoro si los montes serán el fruto de una magna obra de ingeniería, o si las olas se calmarán gracias a la aspersión de aceite y se templarán, a la vez que el aire, mediante calentadores especiales, o si cubrirán al cielo todos los días con una capa del mismo tinte que da color a los uniformes militares franceses. Lo cierto es que es un negocio admirablemente montado sobre el lugar, admirablemente servido por maravillosas redes

de comunicaciones con Inglaterra y admirablemente anunciado en todas las ciudades inglesas por todos los medios imaginables. La campaña de Prensa que los principales propietarios de la Riviera llevan a cabo en Inglaterra todos los años es únicamente comparable a las que desarrollaron durante la última guerra las principales naciones beligerantes. Con hábiles artículos, con incitantes fotografías, con concursos deportivos, con precios al alcance de todas las fortunas, con telegramas sobre las horas en que luce el sol —aproximadamente, unas veinticinco horas diarias— y sobre la marcha ascendente y triunfal de termómetros y barómetros, con rumores sobre sumas fantásticas ganadas por pobres diablos alrededor de las mesas de ruleta, se procura convencer a los vacilantes para que vayan a la Riviera. Y van. Encuentran que no todo es miel sobre hojuelas, pero vuelven contentos de haber ido y de haberse evitado parte de los rigores del invierno inglés.

Todo esto está muy bien. La lástima es que una parte siquiera de los millones que anualmente dejan los ingleses en la Riviera no vaya a parar a España, a las costas allicantinas y malagueñas, donde hay mejor clima y tantos encantos naturales, por lo menos, como en la Costa Azul. Esas playas y bahías cerca de Benisa y de la Punta Ifach, alrededor de Calpe, Altea, Benidorm y Villajoyosa; esas otras vecinas de Vélez Málaga, Torremolinos, Fuengirola y Marbella —los nombres son un encanto para el oído—, tienen sobradamente todos los elementos naturales para competir con sus rivales poderosos de la Costa Azul. Pero los tiempos corren, y la gente no quiere contentarse con encantos naturales nada más. La cuestión se reduce a un negocio. Y todavía no nos hemos dado cuenta de ello.

ANTONIO LUIS.

Londres, Febrero de 1924.